

EN EL V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE CARLOS V

La conquista de Túnez en 1535, bautismo de fuego del Emperador

DESPUÉS de las fáciles conquistas marítimas realizadas por Pedro Navarro, capitán general de la Armada, en las ciudades del norte de África entre los años 1508-1510, que culminan con el primer desastre de los Gelves, la mayor parte de los puertos de la fachada marítima de Argelia y Túnez dependen de la Corona de España. Esta situación, fruto de un plan diseñado y ejecutado por Fernando el Católico y el cardenal Cisneros, reduce enormemente el peligro corso musulmán que amenaza las rutas y los puertos de la monarquía hispánica en los primeros años del siglo XVI. La llegada de un nuevo poder a esta zona va a cambiar radicalmente el balance de las fuerzas y el reparto marítimo del Mediterráneo. Los hermanos Barbarroja y sus corsarios turcos logran en pocos años que el corso mediterráneo sea una actividad dominada íntegramente por los navíos islámicos. Con el nombramiento

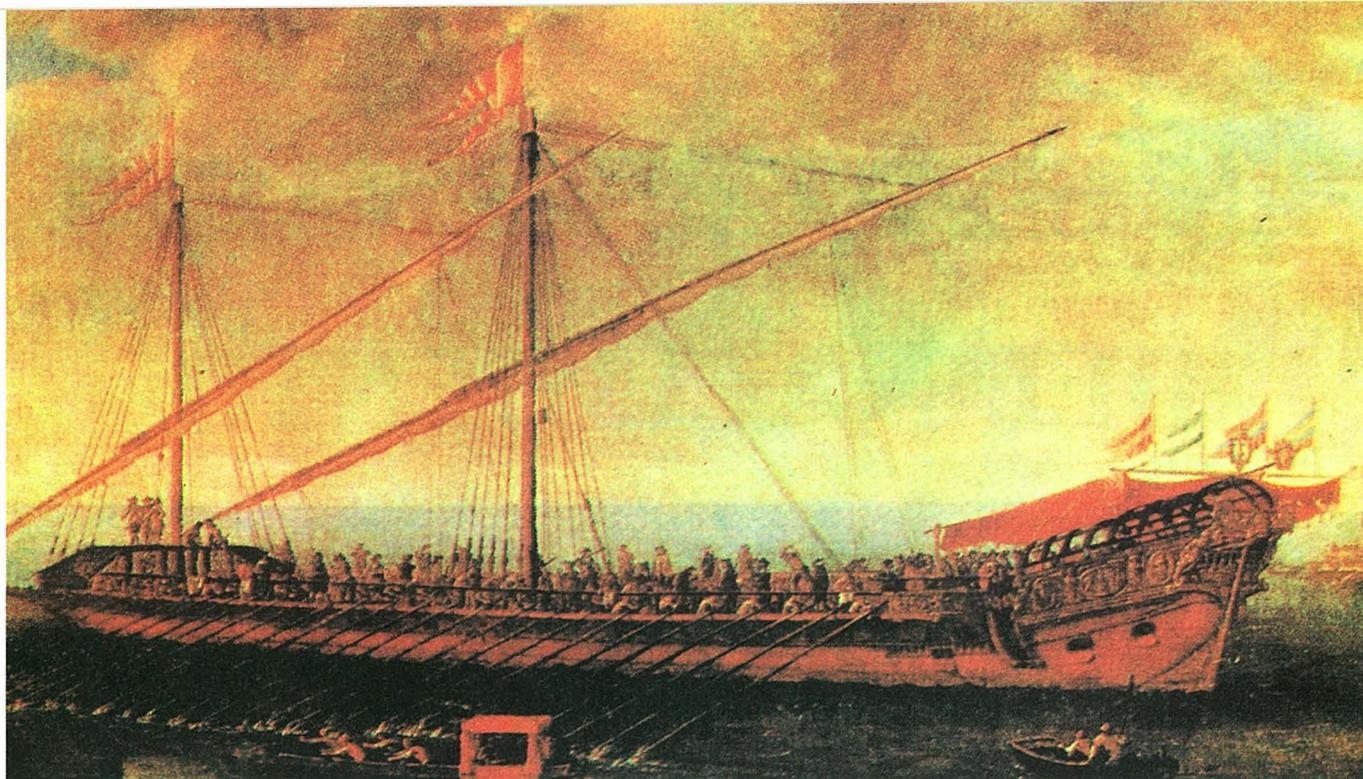
de Hayreddin Barbarroja como almirante en jefe de la Armada otomana, en 1534, el Mediterráneo entra en una fase de guerra total entre los dos grandes imperios instalados a uno y otro extremo del Mare Nostrum. El marino pondrá en jaque todas las vías de comunicación, comercio y conexión militar del occidente de este mar. Su peligro aumenta cuando, en ese mismo año, después de asolar la costa italiana, ocupa el estratégico golfo de Cartago, llave del Mediterráneo central, y fondea su enorme flota ante las murallas del fuerte de La Goleta y el canal del Estañó. La entrada del menor de los Barbarroja en Túnez entraña un grave riesgo para las comunicaciones entre las diversas posesiones del imperio carolino, en especial para las que enlazan las costas levantinas de la península ibérica con las italianas de Nápoles y Sicilia. La gravedad de la situación requiere la adopción de una medida rápida y contundente para expulsar a la

poderosa flota enemiga de las puertas del imperio de los Habsburgo.



Astrolabio de fabricación europea, siglo XVII

Precisamente en 1534 Carlos V regresa a España después de un largo periplo por sus pose-



Galera almiranta y bote engalanado, siglo XVII.

siones europeas. La paz con la Francia de Francisco I es, todavía, un hecho, y los luteranos del Sacro Imperio aún no han empezado a dar los serios problemas que protagonizarán años después. En medio de estas circunstancias favorables, el papa Pablo III hace ver al emperador la necesidad de acudir, una vez más, a la cruzada contra el infiel, cada vez más activo y poderoso. Carlos V coincide en la opinión de la peligrosidad de la presencia otomana en Túnez, pero intenta, en principio, la vía diplomática, enviando al genovés Luis de Presenda a ponerse en contacto con el destronado rey de Túnez, Muley Hassan. El objetivo deseado era intentar conseguir que Muley Hassan negociara el final de la obediencia de Barbarroja hacia Solimán el Magnífico, el sultán otomano, y si no lo conseguía acabara con la vida del corsario. Cuando esta vía fracasó al descubrir Barbarroja lo que se tramaba contra él y dar muerte a Presenda, Carlos V decidió pasar en persona a conquistar la fortaleza de La Goleta y la ciudad de Túnez, para lo que preparó una de las mayores armadas de todo su reinado. Los españoles, al saber

que su monarca iba a ponerse al frente de una operación de esta envergadura, sintieron una gran satisfacción y se volcaron en la donación de fondos para que la empresa fuera emprendida con las máximas garantías posibles. Sin embargo, más que Túnez, lo que preocupaba a los españoles era la ciudad de Argel (nido corsario y centro logístico del poder otomano en la Berbería del Quinientos), que por su situación geográfica amenazaba en mayor medida las costas españolas.

La empresa de Túnez es importante, además de por los éxitos que se logran sobre los turcos otomanos mandados por Hayreddin Barbarroja, por ser la primera en que el emperador dirige una expedición militar. La navegación de Carlos V y su estancia en las proximidades de la antigua capital cartaginesa es uno de los acontecimientos de su reinado de los que se conserva mayor documentación escrita y gráfica. Para acercarnos a esta empresa vamos a utilizar el último texto descubierto sobre la guerra marítima de la primera mitad del Quinientos, escrito por uno de los autores más famosos

de la generación del humanismo en España. Se trata de las *Guerras de mar del emperador Carlos V*, de Francisco López de Gómara, obra recientemente publicada por la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V (cuarto centenario de la muerte de Felipe II y quinto del nacimiento de Carlos V). La edición ha corrido a cargo de M. Á. de Bunes y Nora Edith Jiménez.

El emperador consiguió reunir una imponente flota aunando los efectivos de la Cristiandad en su lucha contra la expansión marítima del imperio otomano. Fuerzas navales de España, Portugal, Génova, Nápoles, Sicilia, los Estados Pontificios y Malta se movilizan para intentar detener el avance otomano por el Mediterráneo central. En la primavera de 1535 se reúnen frente a Cagliari 30.000 hombres, de los que 25.000 son soldados, y el resto aventureros y personajes de la corte. Según el testimonio de López de Gómara, «8.000 eran alemanes, 5.000 italianos y los demás españoles. Había también 2.000 de caballo, los 800 llevaban todos



Carta de la península ibérica del atlas de Diego Homen.

armas, los otros corazas y casquete con lanza y adarga como jinetes, petos, morriones con magas de malla, que por eso se llaman ligeros». En cuanto a los navíos, la armada carolina consigue aunar unos 700 barcos de los tipos más diversos, dentro de las necesidades de la navegación en el Mediterráneo: «Había sobre de 70 urcas de Flandes, 40 galeones, 100 naves, 25 carabelas portuguesas y otras andaluzas, y lo demás eran tafurcas, escorchapines, açauras y tales bajeles, y había también muchos bergantines, fragatas, fustas y algunas galeotas». Pero fue la galera, como navío por excelencia en el Mediterráneo del siglo XVI, el tipo de embarcación que hubo de tener una importancia primordial en esta empresa. Empleada desde siglos atrás, la galera llega al Quinientos español con la imperiosa necesidad de adaptarse a las

nuevas necesidades bélicas, y a buen seguro que lo consigue en pocos años, convirtiéndose en un barco alargado, ligero y de bajo bordo, y capaz de transportar grandes contingentes de soldados, idóneo, por tanto, para que empresas como la que nos ocupa pudieran ser culminadas con éxito. La galera estuvo bien representada en la armada de Túnez, para la cual se prepararon: «12 del Papa; 4 de Malta, con Aurelio Botigela, prior de Pisa; 15 nuestras, con don Álvaro de Bazán; 19 de Andrea Doria; 10 de Sicilia, cuyo capitán era don Berenguer de Requesens; 9 de Génova; 6 de Nápoles, con don García de Toledo; 5 de Antonio de Oría; 2 del señor de Mónaco. Así que todas eran 82, muy bien armadas y ricamente guarnecidas, porque cada capitán quería que sus galeras fuesen las mejores del remo, armas y gala». La propia galera en la que em-

barca Carlos V, propiedad de Andrea Doria, denota con claridad la intención y significación de que fuera el propio emperador quien comandase la campaña de conquista de La Goleta y Túnez, así como los ideales mesiánicos con los que se afronta la empresa, en la que se intenta emular el espíritu cruzado de los siglos medievales:

«Tenía la galera 24 banderas de damasco amarilla con las armas imperiales por toda ella, y un pendón a media popa de tafetán carmesí, que llevaba ocho piernas y 30 palmos de largo, con un crucifijo de oro y otros dos casi de aquel tamaño a su lado, con sendos escudos de las armas del emperador, y así junto a una gran bandera blanca de damasco sembrada de llaves y cálices, y aspas de san Andrés coloradas, con un letrero en latín al medio que quería decir:



Bandeja conmemorativa de la conquista de Túnez (1535). Realizada a principios del siglo xx del original conservado en el Museo del Louvre. Esta pieza pertenece al Museo Naval de Madrid.

Gastará y quebrará el arco, quemará con fuego las armas y saetas. Y otras de damasco colorado del mismo grandor con Plus Ultra, escrito alrededor de las columnas que son la divisa del emperador. Tenía también otra bandera de dos ramales en el antena con una espada y una celada y un escudo, y una letra latina que decía: Tomad las armas y escudo y ven a me ayudar. Y otra en la gata, que llegaba al agua, con un grande ángel y un mote que decía: Envió Dios su ángel, que te guarde en todos tus caminos, y tres gallardetes que llaman, en los tres mástiles, de damasco colorado y de más de cinco varas en largo. El de medio con una estrella de oro y muchas llamas de fuego y un mote tal: Señor, muéstrame tus caminos. Y los otros dos, que llamaban

eslavones y pedernal, con muchas centellas de fuego decían: *El fuego irá delante de él.* Asimismo estaba la sala y cámara de popa cubierta de tela de plata y oro y brocado de tres altos, sin otros paramentos de raso y damasco de diversos colores, que todo era rico y vistoso. Salió toda la ciudad a verle embarcar, soltaron el artillería del lugar, y de todas las naos y galeras, y partióse con tanta música que fue de oír.»

Las armadas española y genovesa se encuentran en el puerto de Barcelona, donde se realiza el alarde de la tropa. De Barcelona zarpan hacia las Baleares, para recalar en Alcudia, Palma de Mallorca y Mahón. En la isla de San Pedro el emperador debe esperar a parte de la flota, que por falta de

viento ha retrasado su marcha. La navegación resulta especialmente ardua a causa de la heterogeneidad de la armada, en la que destacan los grandes navíos redondos portugueses, de gran potencia artillera. La unificación del contingente que va a emprender la conquista en tierras africanas se hace en la isla de Sicilia, en el puerto de Cagliari, donde por primera vez se reúnen todos los confederados. Los turcos, al ver llegar las naves del emperador, describen el mar como un bosque, por la gran cantidad de palos que cubren las azules aguas de Bizerta y las playas cercanas a los restos de las termas romanas de Cartago.

El desarrollo de la batalla y el importante papel de la armada, bombardeando continuamente las posiciones enemigas, serán los sucesos que acaecen en las siguientes semanas, acontecimientos muy conocidos por la gran cantidad de descripciones gráficas y literarias que se realizan. La dificultad de organizar una expedición tan numerosa y dispar es resaltada por la mayor parte de los cronistas, incidiendo en la dificultad y peligrosidad del desembarco de pertrecho, hombres y caballeros, por medio de pequeñas barcas en una costa baja y arenosa, mientras eran atacados por las huestes de arcabuceros enemigos. Carlos V recibe su bautismo de fuego en las siguientes jornadas, pero es obligatorio referir que el primer suceso militar y bélico que contemplan sus ojos es el de una gran armada que bajo su mando se encamina al continente vecino para mostrar al resto de la Europa cristiana su valor como cabeza principal en la defensa de la Cristiandad y de los ideales que representa su cargo de emperador.

Miguel A. DE BUNES IBARRA
Beatriz ALONSO ACERO